

LAS CLASES MEDIAS EN LAS REGIONES SIN INDUSTRIA

SUMARIO: Abusiva limitación del problema social a los conflictos industriales entre capitalistas y obreros. Necesidad de más amplios horizontes.—El problema del «aprovechamiento social» de las fuentes de riqueza y sus dificultades.—«La polarización industrial regional» o concentración industrial en algunas pocas comarcas.—Daños que produce, especialmente a las clases medias de las regiones no industrializadas: económicos, culturales, etc.—Dificultad de elevación y de empleo de esas clases a las que impulsa a la emigración.—Nuevos peligros.

La máxima parte de las veces en las se habla o se escribe acerca del problema social, la atención de los hablan o escriben y de los que oyen o leen queda imantada alrededor de los conflictos económicos y sociales entre el gran capital industrial y la clase obrera, particularmente la formada por los jornaleros no cualificados. De hecho, ése es, casi exclusivamente, el tema que tratan los que se preocupan o dicen preocuparse del que llaman problema social. Tal exclusivismo de atención produce, entre otros, dos graves inconvenientes. El primero consiste en que, mientras ese problema de la conflagración entre empresa industrial y trabajo manual no se contemple perfectamente encuadrado en el armazón completo de los problemas de cada sociedad regional, nacional o internacional, no es posible darle una solución acertada y definitiva. De ahí los dos extremos en que respectivamente incurren los dos bandos al considerar las relaciones entre capital y trabajo en la cuestión obrera: por una parte las protestas, soluciones e idearios radicales y simplistas de los demócratas de buena fe o de demagogos amigos del escándalo y quizá de un disimulado protagonismo personal, y, por otra parte, el unilateralismo económico de los capitalistas que se encastillan en las dificultades, reales o presuntas, de la economía y de la técnica financiera para no ceder ni un palmo de su posición prevalente por excesiva e injusta que ella sea y por graves que sean los males que origina al cuerpo social. El segundo inconveniente es aún más serio y de mayor transcendencia. Consiste en el olvido casi total en que se dejan otros aspectos y zonas de la vida social y

económica de la existencia colectiva, aspectos y zonas en los que el desequilibrio, la violencia y la injusticia son tan dramáticos y tan nocivos para el orden y la armonía social, y, sobre todo, para lo que pide el concepto recto y cristiano de la vida, como la contienda entre el capital empresario y el trabajo manual.

Movido por estas consideraciones hace ya tiempo que, para uso de mis actuaciones en el campo de la sociología económica, juzgué necesario hacer una distinción entre el problema social en sentido restringido y limitado y el problema social en el sentido amplio y completo. Aquél es el que comúnmente se llama problema social y que, en realidad, no es más que el problema obrero-capitalístico; éste sería el que debería llamarse (y yo así lo llamo) problema del aprovechamiento social de las fuentes de la riqueza. No pretendo exponer ahora el riquísimo contenido de significación de las dos palabras «aprovechamiento social». Procediendo por vía negativa bastará decir que, entre otros muchísimos enemigos que tiene este aprovechamiento social, hay que contar la concentración de industrias y explotaciones en un reducido y prepotente número de empresas o comarcas, el abuso, por las mismas, del sistema de protección aduanera para estancarse, con perjuicio de los consumidores y clientes nacionales, en el retraso de los métodos y en la baja calidad de los productos, la negligencia y falta de iniciativa del personal técnico, la baja productividad del obrero o por desidia o por espíritu de sabotaje, la desigualdad exorbitante en el reparto de los beneficios, la inhibición del capital, por pereza o por miedo egoísta, en el establecimiento de nuevas empresas y factorías, la inexploración positiva, por la misma razón de utilidad o seguridad particular de los ricos y empresarios, de fuentes de riqueza cuyas materias son necesarias a la colectividad. La lista podría prolongarse indefinidamente.

Pues bien; de entre estos enemigos que tiene el aprovechamiento social de las fuentes de la riqueza, voy a fijarme en uno que afecta directamente y de una manera tan grave y tan profunda que todo lo que se pondere nunca será demasiado, a las clases medias de la sociedad. Ese enemigo es el que, con terminología también propia, se suele designar mediante el nombre de polarización industrial regional. Llamo así al hecho de la acumulación de la industria en un pequeño número de comarcas y la falta de ella en todas las demás regiones de la misma nación. Cierto es que el fenómeno puede también darse en las relaciones económicas entre diversas naciones. En otros trabajos sobre estas cuestiones me he ocupado de ese problema en su extensión internacional. Pero en el presente quiero circunscribirle al ámbito particular de una nación.

Mucho habría que decir de los trastornos y perjuicios que esta distribución de la industria suele traer a toda la nación, especialmente en determinados países. Claro es que, parto del supuesto de que la misma no sea exigida por causas espontáneas y naturales o de utilidad general. Esta última razón dejaría fuera de la cuestión el tema que vengo tratando. Aquí de lo que se trata es de la hinchazón industrial, del desarrollo hipertrófico y anormal,

del consiguiente poder económico en un pequeño número de comarcas y de la desaparición de la industria o la no implantación de la misma en la casi totalidad del resto. Esa inflamación monstruosa y artificial suele deberse a muchas y complejas causas. Entre ellas no suele faltar la presión, en diversas formas, a los gobernantes.

Volvamos ahora la mirada a las clases medias de la sociedad. La desaparición de la industria, que acaso en otros tiempos fué floreciente, o la carencia de ella en grado total o casi total, coloca a la clase media de las regiones que padecen esta inopia en unas condiciones angustiosas y desesperanzadas frente al perpetuo problema de poder vivir. El estudio completo de esta conexión entre la falta de industria y la triste situación de la clase media requeriría una larga exposición y quizá hasta un grueso volumen si se quisieran confirmar las aserciones con los correspondientes datos estadísticos. Pero bastarán unas cuantas consideraciones fundamentales para que el problema quede suficientemente iluminado.

El primer hecho, innegable por cierto a causa de su visibilidad, con que tropezamos en nuestro estudio es el de la diferencia de medios de vida entre una región que carece de industria y otra que es opulenta por el número de sus centros industriales y por la potencia económica de los mismos. Y al hablar de medios de vida hay que tomar las palabras en toda su extensión, desde significar los recursos que responden a las necesidades más perentorias del existir de cada individuo humano hasta los bienes para las actividades más nobles y elevadas del espíritu.

Que la diferencia de nivel y medios de vida puramente material sea paralela o, mejor dicho, consiguiente a la diferencia de industrialización se ve gráficamente en cualquier buen mapa de geografía económica. A los signos o colores convencionales que representan una rica dotación industrial acompaña siempre una tupida red de rayas que significan los ferrocarriles y las carreteras; un denso punteado de focos y estaciones de comunicación (y, si el mapa es expresivo, de las demás manifestaciones de la vida social relacionadas con la industria y el comercio) dará noticia de un crecido número de hoteles, restaurantes, centros de recreo, agencias de viajes, agencias de negocios, casas centrales o sucursales de banco, oficinas de seguros y reaseguros, lugares de compraventa y contratación garantizada y fiduciaria, etcétera, etc. Nada o muy poco de esto aparece en los mapas correspondientes a las regiones sin industria, aun aquéllas que tienen un suelo feraz para la agricultura y para la ganadería.

Si de los medios para la vida material y estrictamente económica pasamos a los bienes que responden a las necesidades culturales, tampoco es menester hacer una prolija investigación o violentar mucho el discurso para percartarse de que tales bienes han de escasear forzosamente en las comarcas desprovistas de industria. Faltan en ellas los estímulos y los medios de financiación que dan vida y esplendor a las instituciones docentes y a las tareas de finalidad cultural y artística. Una comprobación experimental la da el hecho de la lánguida existencia que en las regiones meramente agrí-

colas arrastra los antiguos centros universitarios en comparación con la pujanza que gozan los de las grandes ciudades industriales. También es harto significativo el fenómeno de la emigración de los artistas a los focos urbanos fabriles, donde la rapidez con que, los que se dedican a la industria y al comercio, adquieren o acrecientan su fortuna, les predispone para el mecenazgo y para la retribución generosa de las producciones artísticas o intelectuales. En breves palabras, la carencia de industria impone, más o menos directamente, a los habitantes de las regiones que la padecen, una limitación de bienes de orden material y espiritual y, por consiguiente, una forzosa reducción de necesidades en ambos planos de la naturaleza y de la vida humana. Se podrá objetar que la restricción de necesidades no es, en último término, un mal. Desde el punto de vista de la ascética cristiana y aun de la moral natural, la austeridad en las necesidades y en las costumbres es un gran bien espiritual y, por lo mismo, muy superior a todas las riquezas materiales. Pero, aparte de que aquí estamos considerando el problema desde el ángulo de la economía social, para la cual la multiplicación de las necesidades es uno de los resortes más eficientes en orden al progreso a que el mismo Dios exhorta a la especie humana, esa respuesta es un subterfugio cómodo, aquí como en el problema obrero, al que se acogen los que no quieren abdicar su posición indebidamente privilegiada.

Pero, además, hay en todo esto un hecho más patético que el mero no gozar con abundancia de los bienes materiales; un hecho que, precisamente, afecta a las clases medias de esas regiones de manera verdaderamente angustiosa. Es que a esas clases medias les están cerrados casi todos los caminos hacia posiciones económicas y funciones sociales más halagüeñas y productivas: dentro de un modesto nivel medio. El problema de la colaboración, y, más todavía, el de proporcionar a los hijos un porvenir seguro y digno ocasiona a las familias de la clase media de las regiones sin industria las más punzantes preocupaciones. Mientras en las ciudades donde la industria y el comercio se han acumulado en proporciones descomunales, la multiplicidad de las actividades de todo orden a que antes me he referido brinda muchísimas salidas, cada día en aumento, para toda clase de capacidades, inteligencias, temperamentos y vocaciones, en los territorios donde no hay industria o que han sido privados de ella, las profesiones vienen a quedar reducidas a un exiguo número de funciones estancadas, subordinadas y mal retribuidas. Por si el mal fuera pequeño (que no lo es) otra circunstancia viene oportunamente a darle volumen y pesadumbre. Es la circunstancia de que, en esas localidades, el número de plazas para cada profesión ha de ser forzosamente muy limitado. Se padece limitación de variedad de profesiones y, dentro de cada profesión, limitación de puestos vacantes. Si a esto se añade que la preparación técnica o académica o jurídica para un buen porcentaje de esas profesiones ha de hacerse en otra localidad o región muy distante, las dificultades que para poder vivir encuentran muchas familias de clase media en las regiones no industriales resultan casi trágicas por lo insuperables. Esta es la triste situación a que queda condenada una gran

parte de la clase media a consecuencia de la anómala acumulación de la industria y el comercio en un pequeño número de regiones y de la desaparición de los mismos en todas las demás. Claro es que el hombre, como individuo, busca, aunque sea a la desesperada, el modo de abrirse paso en la vida como sea. En este problema el procedimiento más al alcance de todos es la emigración precisamente a regiones superindustriales, que mientras disfrutan del máximo de la renta nacional, ejercen también, más o menos veladamente, un excesivo poder político y social, a la vez que el económico. Pero ese procedimiento no es otra cosa que llover sobre mojado y, si se quiere emplear otra metáfora, echar leña al fuego. Porque con ello la madeja de los problemas sociales, políticos y económicos, y hasta religiosos y morales, se va enredando de tal manera que hace posibles los trances de tener que echar mano de la espada, como Alejandro Magno, para cortar el nudo gordiano, ya que por las buenas no es posible deshacer la maraña. Es el peligro de las revoluciones y de las guerras civiles, que, aunque nunca son provocadas por la pacientísima clase media, son producidas por un estado de cosas en el que esa clase es una de las víctimas más maltratadas.

Imagínesse un país en el que la industria se haya polarizado en unas pocas provincias o regiones mientras las demás se han quedado sin industrializar. Hágase el mapa del territorio nacional tiñendo de negro las zonas sin industria y de amarillo la parte de las provincias industrializadas. Considérese profundamente todo lo que consigo lleva el tener una gran industria y todo de lo que priva el no tenerla. El contraste chillón entre los colores que se dividen (en proporciones tan desiguales) el mapa no llega a ser más que una imperfecta representación meramente simbólica de la defectuosa estructura económica, social y política de esa nación. Y la diferencia cromática, tan hiriente, entre unas y otras zonas es signo de muchos de los problemas económicos, sociales y culturales que aquejan a la nación.

He referido especialmente las consecuencias de la desigual distribución de la industria a los graves problemas que crea a la clase media, no solamente por algunas razones de oportunidad, sino, también, porque en realidad esos problemas, en las regiones sin industria, a quienes más duramente castigan son a las familias de la clase media. Pues al pequeño número de potentados que pertenezcan a esas regiones, su poderosa situación económica le resuelve sin esfuerzo alguno todas esas dificultades. En cuanto a los trabajadores manuales de la industria, en el caso de que estamos tratando no los hay, precisamente porque no hay industria. Por lo que toca a la población agrícola del campo que circunda a la ciudad sin industria, sus dificultades y sus problemas son en gran parte los de la clase media.

SALVADOR CUESTA, S. J.

*Profesor de Filosofía y Derecho en la
Universidad Pontificia de Comillas.*

